

Carta del Prefecto de la Congregación para el Clero a los Sacerdotes,
con motivo del comienzo de la Cuaresma 2013

Clerus.org

Ofrecemos la carta que el Prefecto de la Congregación para el Clero, cardenal Mauro Piacenza, dedica a los Sacerdotes con motivo del comienzo de la Cuaresma 2013

Queridos Sacerdotes:

La santa Cuaresma es un tiempo de gracia durante el cual la Iglesia invita a todos sus hijos a prepararse para comprender y recibir mejor el significado y los frutos del sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo en el misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61, 1-2). “Tiempo de gracia” es aquel tiempo en el que Dios Padre, en su infinita misericordia, derrama en todos los hombres de buena voluntad, por medio de su Espíritu Santo, todo beneficio espiritual y material útil para un ulterior progreso en el camino de perfección cristiana, que es tensión hacia una total y completa configuración al Hijo: «Sabemos, además, que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio. En efecto, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo» (Rm 8, 28-29). Para que todo sea posible, Él mismo quiere morar en nuestra vida, y aún más, desea que nuestra persona se transfigure hasta tal punto que podamos decir que quien nos ve puede percibir ?en nuestro pensar y en nuestro actuar– los rasgos de Jesús: «Yo estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. Yo no anulo la gracia de Dios» (Gal 2, 19-21).

El episodio del bautismo del Señor en el Jordán (Mt 3, 13-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22; Jn 1, 29-32), al que siguió la experiencia de cuarenta días en el desierto, «para ser tentado por el demonio» (Mt 4, 1), nos invita a pensar que para caminar seguros en la vía de la santidad y obtener fruto de los tesoros donados por el Espíritu, debemos adquirir una receptividad y una fertilidad que no nos han sido dadas, sino que más bien, continuamente amenazadas por la herida del pecado, se han de conquistar día tras día. El compromiso penitencial aunque no nos conquista por sí mismo la salvación, es en todo caso condición indispensable para obtenerla: «Tú no necesitas nuestra alabanza, pero por un don de tu amor nos llamas a darte gracias; nuestros himnos de bendición no aumentan tu grandeza, pero nos obtienen la gracia que nos salva, por Cristo nuestro Señor» (Misal Romano, Prefacio Común IV). Dios mismo contribuye, mediante las dificultades de la existencia humana (que deliberadamente no ha querido ahorrar a su amado Hijo) a la necesaria purificación de nuestro pensar, querer y actuar en vista de nuestro mayor bien: «Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador. El corta todos mis sarmientos que no dan fruto; al que da fruto, lo poda para que dé más todavía» (Jn 15, 1).

Para un ministro de Dios, todo esto debe asumir una importancia muy particular. No sólo porque el sacerdote debe dar “buen ejemplo” ?«Así, yo corro, pero no sin saber a dónde; peleo, no como el que da golpes en el aire. Al contrario, castigo mi cuerpo y lo tengo sometido, no sea que, después de haber predicado a los demás, yo mismo quede descalificado» (1Cor 9, 26-27)? sino también por una razón teológica y sobrenatural mucho más profunda. En realidad, el sacerdote no sólo está llamado a administrar la gracia divina y a perpetuar en el tiempo la misión de Cristo, en espera de su venida. No es un simple funcionario de lo sagrado. Él está llamado sobre todo, como se deduce del célebre párrafo, ya citado, de la Carta a los Gálatas, no obstante sus debilidades, a revivir en su ser, en su carne y en su sangre, el mismo ser de Cristo, que se hace cordero inmaculado, víctima de amor.

A algunos puede parecer erróneamente restrictivo afirmar que lo que más caracteriza al sacerdote es la celebración de la Santa Misa. Ésta no es, ciertamente, su única actividad, pero podemos afirmar con certeza que es la única a través de la cual el misterio del sacerdote-*otro Cristo*, que al mismo tiempo inmola y se inmola, se significa y al mismo tiempo se realiza en la forma suma y más eficaz. En realidad, la potencia del sacramento de la Eucaristía, transforma la Iglesia en imagen de su Esposo, comenzando por quienes, antes de aquel Esposo, son figura y Misterio, signo y Realidad. Podemos afirmar, por tanto, que toda la grandeza del sacerdote está en esto. Y

no en la profundidad de la cultura, ni en la habilidad pastoral, ni en el espíritu de piedad, todo ello necesario y que exige una preparación y un cuidado que no admite ningún género de mediocridad. Pero nada de todo esto se puede comparar con el ser misteriosa *participación del sacrificio de Cristo*. Por tanto, dicha participación, antes que en el actuar vive en el *ser* del ministro. De aquí se deduce que para un sacerdote la celebración de la santa Misa no se puede entender solamente como práctica de alabanza, de acción de gracias, de intercesión y expiación, como cualquier momento de oración o práctica penitencial. Es, en todo y para todo, la vida y la razón de ser del sacerdocio cristiano, el verdadero y propio “respiro” de cuantos, a través del sacramento del Orden sagrado, están indisoluble y eternamente unidos a Aquel que se ha hecho don de amor hasta el extremo de las fuerzas: «A esto han sido llamados, porque también Cristo padeció por ustedes, y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas» (1P 2, 21).

Que este tiempo de Cuaresma pueda ser para todo sacerdote un tiempo de penitencia y de purificación, de misericordia dada y recibida, pero sobre todo de un nuevo descubrimiento, en la celebración cotidiana, del valor y de la relación de sí mismos con la Eucaristía, misteriosa presencia del misterio del Dios Amor, en cuanto fuente de vida para sí y para los hermanos. Que María, Mujer eucarística en cuanto perfecta discípula del amor que se hace sacrificio, nos ayude a comprender el inestimable don que se nos ha hecho y a vivirlo, siguiendo su ejemplo y con su protección, con humildad, intensidad y fidelidad.

Mauro Card. Piacenza, Prefecto de la Congregación para el Clero

13 de febrero de 2013, Miércoles de Ceniza